

OPERACIÓN PAZ EN GALILEA: ¿CÓMO CREAR A SU PEOR ENEMIGO?¹

Javier Lion Bustillo. Universidad de Cádiz.

E-mail: jlion3@hotmail.com

Resumen: El desencadenamiento de la operación Paz en Galilea (1982) fue posible debido a la gran superioridad militar israelí y a la esperada tolerancia estadounidense, por lo que el gobierno Begin creyó que disponía de una oportunidad histórica para evitar el reparto territorial del antiguo Mandato de Palestina. De ahí que el grueso de la ofensiva se centrara en la destrucción de la OLP, sin tener en cuenta que la misma rompería el equilibrio de poder existente en el Líbano, permitiendo que otros actores, especialmente las milicias chiítas, pasaran a jugar un papel mucho más destacado. Éstas se convirtieron en unos enemigos eficaces que recibían la ayuda militar de Siria e Irán, quienes deseaban utilizar la inestabilidad en la frontera israelo-libanesa para defender sus intereses regionales.

Palabras clave: estrategia, Israel, OLP, Líbano, Paz en Galilea, Siria, Hezbollah.

Abstract: The beginning of the Operation Peace for Galilee (1982) was the result of the enormous Israeli military superiority and the expected US tolerance, so that Menahem Begin and Ariel Sharon thought they had a historical chance for eluding the territorial division of the old Mandate of Palestine. As a consequence, the bulk of the offensive was focused on the destruction of the PLO, without considering that it would shift the existing power balance in Lebanon, allowing other actors like the Shiite militias to play a more important role. They became very skilful enemies and received the military support provided by Syria and Iran, which intended to use instability in the Israeli-Lebanese border as a means to defend their regional interests.

Keywords: strategy, Israel, PLO, Lebanon, Peace for Galilee, Syria, Hezbollah.

¹ Recibido: 12/4/2012. Aceptado: 29/5/2012. Publicado: 10 de junio 2012.

“We have a good army but even the best army can't offer more than it has”

Yizhak Rabin²

1. Introducción.

Al encontrarnos cerca del trigésimo aniversario de la operación Paz en Galilea, es un buen momento para volver la vista hacia un acontecimiento que en su día suscitó apasionados debates y cuyas consecuencias siguen estando presentes. La ofensiva que el gobierno Begin lanzó contra el Líbano en junio de 1982 supuso la ocupación efectiva de casi la mitad del territorio del país vecino, así como el cerco y destrucción de su capital, desencadenando la intervención de distintas potencias regionales y mundiales. Además, tuvo un evidente impacto en el desarrollo de la guerra civil libanesa, modificando la relación de fuerzas existente. La operación constituye el más largo conflicto bélico en el que las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) se han visto envueltas desde su creación, lo que subraya su especificidad y nos conduce a preguntarnos por los factores que la provocaron. Asimismo, es preciso hacer una valoración de sus resultados dentro del contexto más amplio del conflicto árabe-israelí, ya que precisamente el entorno regional y su interacción con la política interna israelí constituye el marco de análisis más adecuado para este enfrentamiento.

Este artículo se inicia con un primer apartado dedicado a los fundamentos políticos de la defensa israelí. El segundo se ocupa del problema de seguridad existente en la frontera israelo-libanesa a comienzos de los 80 y de las posibles alternativas para el gobierno Begin. A continuación, se hace un repaso al desarrollo de la operación Paz en Galilea, para pasar luego a dar cuenta del nuevo *statu quo* creado tras el repliegue israelí en 1985. Posteriormente, se realiza una valoración general de los motivos de la operación y de su fracaso, utilizando para ello las posibles explicaciones existentes, extrayendo finalmente algunas conclusiones de este episodio.

2. Fundamentos políticos de la defensa israelí.

Con la guerra de 1948-9 Israel había prevalecido militarmente, pero exportó a los Estados vecinos el problema de los refugiados palestinos, que se convirtieron en un

² Comentario citado en Sarid, Yossi, “Crying Over Spilled Blood”, *Haaretz*, 4/11/2011.

colectivo crecientemente politizado en sus demandas nacionalistas. Al propio tiempo, Israel mantenía algunos contenciosos con esos Estados, los cuales hicieron suyas las reivindicaciones palestinas, habida cuenta de la enorme legitimidad popular de esta causa. Por su parte, el sionismo había pedido históricamente la creación de un Estado que comprendiera lo que denominaba *Eretz Israel* (la Tierra de Israel), un espacio que convencionalmente abarcaba desde el Mar Mediterráneo a la ribera oriental del Jordán. La aceptación de la propuesta de partición hecha por las Naciones Unidas en 1947 ya suscitó graves disensiones internas entre los sionistas, provocando un rechazo frontal del movimiento revisionista, que reclamaba un Estado mucho más amplio³.

Para las principales fuerzas políticas israelíes, la forma de alcanzar la paz era la denominada doctrina del “Muro de Hierro”, que implicaba la necesidad de lograr una superioridad militar tan notoria sobre sus vecinos que éstos abandonaran cualquier esperanza de victoria. Ante los grandes costes de continuar la guerra, los dirigentes de los Estados árabes optarían por buscar la paz, pudiéndose abrir una negociación con vistas a resolver la absorción de los refugiados y el final definitivo de las hostilidades. No obstante, dado que no se poseía aún de esa aplastante superioridad, sería preciso continuar haciendo frente a los desafíos militares del mundo árabe. Estas circunstancias, junto a otros factores históricos, culturales y geoestratégicos habrían conformado, en opinión de Gil Merom, una visión de la política de defensa basada en el concepto de excepcionalismo, entendiendo por tal la idea de que las amenazas a las que estaría sometido Israel poseerían un carácter excepcional, siendo muy distintas de las que sufren los demás países. Ello haría necesario el empleo de medios también excepcionales, de tal suerte que éstos constituirían la única garantía para la supervivencia del Estado, incluyendo el desarrollo de una fuerza nuclear autónoma⁴.

Según Uri Bar-Joseph, la defensa nacional israelí se ha apoyado históricamente en tres elementos: disuasión, alerta estratégica y decisión rápida de los enfrentamientos militares. La disuasión se emplearía combinando la denegación de los objetivos políticos perseguidos por el enemigo y la amenaza de castigo frente a cualquier intento

³ SHLAIM, Avi (2001): *The Iron Wall. Israel and the Arab World*, Nueva York y Londres, W.W. Norton and &, pp. 54-94.

⁴ LUSTICK, Ian: “To Build and To Be Built By: Israel and the Hidden Logic of the Iron Wall”, En *Israel Studies*, vol. 1, nº 1 (1996), pp. 196-223. SHLAIM: op. cit., pp. 1-53. MEROM, Gil (1999): “Israel’s National Security and the Myth of Exceptionalism”. En *Political Science Quarterly*, vol. 114, nº 3 (1999), pp. 410-13.

árabe de modificar el *statu quo* unilateralmente. La alerta estratégica supondría el aportar a los políticos de forma temprana la información necesaria para evitar o combatir esas acciones árabes. Y la rápida decisión del enfrentamiento militar implicaría que, dados los limitados recursos humanos disponibles, las guerras de Israel debían ser necesariamente breves si se querían eludir graves problemas económicos. Por otra parte, esa decisión de los enfrentamientos se hallaba limitada por motivos de índole muy diversa (políticos, demográficos, militares...), de tal forma que quedaban descartados escenarios como la ocupación militar de una capital árabe o del conjunto de un país. Para algunos autores los resultados de esta política generaban serias dudas sobre sus pilares, ya que la calma en las fronteras israelíes se habría alcanzado no tras las grandes demostraciones de fuerza, sino cuando la diplomacia de paz daba ciertos resultados, cuando el *statu quo* era más aceptable para los árabes y cuando las medidas militares israelíes eran preventivas y defensivas⁵.

Desde un punto de vista geoestratégico, las autoridades israelíes han considerado históricamente que sus fronteras resultaban “indefendibles”, por lo que la escasa profundidad estratégica disponible debía ser compensada mediante una política de defensa avanzada basada en dos principios: el uso de ataques preventivos contra cualquier posible amenaza y el dirimir los enfrentamientos militares en territorio enemigo. Según esta visión, esas circunstancias forzaban a Israel a tratar de consolidar sus conquistas territoriales, ya que las mismas debían servir tanto para mejorar su posición geoestratégica como para utilizarlas como moneda de cambio en cualquier negociación de paz⁶.

3. Una guerra opcional.

En los años 70 existían para Israel dos clases de peligros militares para su seguridad: por un lado, la posibilidad de una guerra convencional contra una coalición de Estados árabes; por otra, una guerra de baja intensidad, basada en las infiltraciones de guerrilleros en su territorio y en los bombardeos a distancia, generalmente a cargo de la OLP. Dentro de la primera categoría, el principal riesgo se concentraba en una

⁵ MAOZ, Ze'ev: “Evaluating Israel’s Strategy of Low-Intensity Warfare, 1949-2006”. En *Security Studies*, vol. 16, n° 3 (2003), pp. 327-8.

⁶ BAR-JOSEPH, Uri: ‘The Paradox of the Israeli Power’. En *Survival*, vol. 46, n° 4 (2004-5), pp. 137-9. MEROM: op. cit., pp. 413-7.

coalición de todos los Estados árabes vecinos, lo que obligaba a una guerra en distintos frentes de forma simultánea. Entre los vecinos, Egipto era el más poderoso, siendo neutralizada su amenaza con los Acuerdos de Camp David (1979), de modo que cualquier iniciativa ofensiva árabe estaría condenada al fracaso. Además, la profundidad estratégica israelí había crecido con la conquista en 1967 de Jerusalén Oriental, Gaza, Cisjordania y el Golán, territorios que podían ser utilizados como moneda de cambio en las negociaciones de paz. Por otra parte, la fortaleza económica y social israelí se había consolidado desde la independencia, mientras que el apoyo estadounidense había crecido. Igualmente, el país había sido capaz de crear un tejido de alianzas en el Oriente Medio (*Alianzas Periféricas*) con Estados no árabes, además de mantener vínculos secretos y un cierto nivel de cooperación con algunos países árabes⁷.

El problema más preocupante lo constituían las acciones protagonizadas por las milicias palestinas. Éstas se venían desarrollando desde los años 60, ya que la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) deseaba liberarse de la tutela de los Estados árabes, ante la percepción de que éstos se preocupaban sólo de sus propios intereses. Esos ataques concentraban la atención internacional sobre la cuestión palestina, mientras socavaban la posición interna de las autoridades. Por otra parte, las conquistas territoriales de 1967 no constituían para la sociedad y los políticos israelíes solamente una moneda de cambio, ya que creaban la posibilidad de construir una configuración territorial que se acercaba al proyecto de *Eretz Israel*. Ello condujo a una política de asentamientos judíos, lo que constituía un guiño hacia aquellos sectores de la sociedad más comprometidos con ese sueño. De ahí que fuera de primordial importancia el acabar con esa guerra de baja intensidad, ya que ello debía significar al mismo tiempo el fin de un movimiento nacionalista palestino autónomo y la posibilidad de consolidar las conquistas territoriales⁸.

En esa época, el Estado libanés se sumió en una serie de querellas internas entre las distintas facciones, cuestionándose la posición preponderante de los cristianos maronitas (liderados principalmente por la familia Gemayel). Así, los musulmanes demandaban un mayor papel político, mientras que los partidos de izquierda exigían

⁷ MEROM, op. cit., pp. 423-4. SHLAIM: op. cit., pp. 186-217.

⁸ RHYNHOLD, Jonathan: "Re-Conceptualizing Israeli Approaches to 'Land for Peace' and the Palestinian Question since 1967". En *Israeli Studies*, vol 6, nº 2 (2001), pp. 34-46.

reformas sociales y redistributivas. En este contexto, se produjeron incidentes armados que llevaron a la creación de milicias, mezclándose esto con la presencia de cientos de miles de refugiados palestinos y de las fuerzas de la OLP, que habían constituido en el Sur del país una especie de Estado *de facto* desde el que lanzaban ataques contra Israel. La OLP se fue acercando cada vez más a la oposición, ya que su triunfo podía garantizar a los palestinos una completa libertad de acción. En estas circunstancias, el país se dividió en dos bandos: el Frente Libanés (FL), que agrupaba a los partidos y milicias cristianas (Falange, Fuerzas Libanesas...); y el Movimiento Nacional Libanés (MNL), apoyado por la OLP⁹.

El enfrentamiento armado entre ambas coaliciones se inició en 1975, llevando el MNL la mejor parte, lo que parecía indicar su pronta victoria. Pero el Presidente sirio Hafez el-Asad deseaba utilizar el territorio vecino para aumentar la profundidad estratégica de su país, de modo que un choque militar con Israel no se diera en la propia Siria. Asad pretendía además convertirse en el árbitro de la crisis libanesa, asegurándose de que ningún bando obtuviera la victoria militar y haciendo que cualquier futuro gobierno fuera dependiente de Damasco. De ahí que decidiera en 1976 la intervención de sus fuerzas en apoyo de las milicias cristianas, quedando el Líbano dividido en enclaves controlados por las respectivas facciones y por Siria¹⁰.

Por su parte, Israel no deseaba un triunfo opositor en el Líbano que incrementaría la amenaza de la OLP, pero tampoco quería tropas sirias en el país vecino, ya que esa situación fortalecía a Damasco. Los sucesivos gobiernos israelíes dieron sin embargo prioridad al primer problema, por lo que el Primer Ministro Rabin toleró el despliegue sirio en el Líbano, al tiempo que estableció un pacto con la milicia llamada “Ejército del Sur del Líbano” (ESL), que pasó a recibir dinero y armamento a cambio de establecer una “zona de seguridad” al Norte de la frontera israelo-libanesa que impidiera los ataques de la OLP¹¹.

⁹ FISK, Robert (2002): *Pity the Nation. The Abduction of Lebanon*, Nueva York, Nation Books, pp. 1-198.

¹⁰ LION BUSTILLO, Javier, “Líbano 1975-1990: ¿teatro de confrontación internacional o fuente de inestabilidad regional?”. En *Revista de Paz y Conflictos*, nº 5 (2012), p. 75.

¹¹ SCHULZE, Kirsten (1998): *Israel's Covert Diplomacy in Lebanon*, Basingstoke, Macmillan, pp. 72-101. HAMIZRACHI, Beate (1988): *The Emergence of the South Lebanon Security Belt*, Nueva York, Praeger, pp. 1-124.

Así, el Líbano meridional se convirtió en un área tremendamente conflictiva, en la que las milicias de la OLP se infiltraban hacia el Sur para atacar Israel, o bien bombardeaban ese país desde sus posiciones, mientras las FDI lanzaban represalias que dañaban no sólo a los palestinos sino también a los habitantes de la zona, predominantemente chiítas, los cuales fueron mostrando una hostilidad creciente contra la OLP, reflejada en 1975 en la creación de una milicia propia, Amal. Ante esta situación, el gobierno israelí de la coalición Likud, dirigido por Menahem Begin, optó en 1978 por una operación de gran envergadura para dañar la infraestructura militar de la OLP (Operación Litani). Con ella, las FDI ocuparon el espacio al Sur de dicho río, creándose una crisis a escala internacional. El Presidente estadounidense Carter intervino con vistas a evitar que fracasaran las negociaciones de paz egipcio-israelíes que por entonces tenían lugar. Así, el Consejo de Seguridad de la ONU decidió el despliegue de una fuerza internacional de paz (la FINUL), pero las FDI mantuvieron su zona de seguridad con la colaboración del ESL. En esas circunstancias, la OLP vio dificultadas sus infiltraciones, por lo que recurrió crecientemente al bombardeo a distancia, enzarzándose en enfrentamientos con las FDI y el ESL. Estos incidentes alcanzaron su punto culminante en el verano de 1981, lo que indujo a la administración estadounidense del Presidente Reagan a negociar un alto el fuego que garantizó una etapa mucho más tranquila¹².

Por otro lado, aunque Reagan se había mostrado hasta entonces muy sensible hacia las preocupaciones israelíes, Washington deseaba también fortalecer sus lazos con algunos países árabes con vistas a contar con su ayuda en distintos contenciosos. Ello aconsejaba presionar a Israel para que cumpliera lo establecido en los Acuerdos de Camp David, concediendo la autonomía a Gaza y Cisjordania. Pero para el gobierno Begin esa presión resultaba enormemente peligrosa, ya que abría la vía a que en el futuro se creara un Estado palestino, lo que chocaba con la voluntad política de Begin de anexionarse los Territorios. De hecho, los miembros más destacados del gobierno (señaladamente el ministro de Defensa, Ariel Sharon) se habían comprometido a fomentar la colonización con vistas a hacer imposible la creación de ese Estado palestino. Por otro lado, en el interior de la OLP existía un debate sobre la posible renuncia a la violencia, en el que la posición de su líder Yasser Arafat era ambigua pero

¹² SCHULZE: op. cit., pp. 96-103. MURPHY, Ray (2007): *UN Peacekeeping in Lebanon, Somalia and Kosovo*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 33-7.

podía conducir a ese paso, posibilitando su aceptación por la administración norteamericana como interlocutor de paz. De hecho, esto se reflejó en una disminución de la violencia en la frontera israelo-libanesa hasta junio de 1982. En tales circunstancias, Israel poseía una posición geoestratégica y militar más fuerte que nunca, pero su posición política resultaba delicada, ya que los objetivos expansionistas de su gobierno no estaban en línea con lo que Washington exigía. El resultado fue que en un momento en el que la actividad de las guerrillas palestinas era más débil, Israel optó por lanzar una operación a gran escala con vistas a transformar por completo el panorama político del Próximo Oriente¹³.

Los objetivos políticos de la operación Paz en Galilea fueron establecidos por el ministro de Defensa Sharon, quien, dada su experiencia militar, gozó de una enorme autonomía de decisión. Por su parte, el Jefe del Estado Mayor, Rafael Eitan, compartía la visión global de Sharon, además de poseer ambiciones de desarrollar una futura carrera política, lo que otorgó a éste la posibilidad de imponer unos objetivos maximalistas. El problema que más le preocupaba era el fortalecimiento político de la OLP, ya que su reconocimiento internacional iba creciendo mientras que su influencia en los Territorios Ocupados parecía más notoria. De ahí que buscara la destrucción de todos los medios militares de la OLP, lo que debilitaría indudablemente el liderazgo de Arafat y provocaría que la organización se sumiera en la división. De este modo, la autonomía del movimiento nacional palestino desaparecería, lo que facilitaría la anexión israelí¹⁴.

Por otro lado, Sharon era consciente de que la salida de la OLP del Líbano implicaría la desestabilización de otros países de la región, en especial de Jordania. Dada la importante proporción de población de origen palestino en ese país, la posición del rey Hussein había sido notablemente inestable, pero los gobiernos laboristas israelíes históricamente le habían apoyado para mantenerse en el poder. Sharon consideraba que los combatientes palestinos que abandonaran el Líbano buscarían refugio en Jordania, lo que probablemente desataría una guerra civil. Si la victoria

¹³ DAVIS, Thomas (1990): *40 Km. into Lebanon: Israel's 1982 Invasion*, Washington, National Defense University Press, pp. 1-6. YANIV, Avner (1987): *Dilemmas of Security. Politics, Strategy, and the Israeli Experience in Lebanon*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 22-3.

¹⁴ SCHIFF, Ze'ev y YA'ARI, Ehud (1984): *Israel's Lebanon War*, Nueva York, Simon and Schuster, pp. 301-3. FELDMAN, Shai y RECHNITZ-KIJNER, Hede (1984): *Deception, Consensus and War: Israel in Lebanon*, Tel Aviv, Jaffee Center for Strategic Studies, pp. 19-20.

correspondía a Hussein, la OLP quedaría eliminada como actor relevante, pero si ésta triunfaba, entonces Jordania pasaría a convertirse en un Estado palestino, por lo que Israel no debería retirarse de los Territorios Ocupados¹⁵. El otro factor que preocupaba a Sharon era la presencia siria en el Líbano, que otorgaba a Damasco un protagonismo regional por encima de sus limitados medios, reforzando sus demandas para recuperar el Golán. Por contra, un abandono del Líbano debilitaría la posición de Asad. Sin embargo, el problema sirio tenía para Sharon una condición secundaria con respecto a la cuestión palestina, de manera que el objetivo prioritario era la destrucción de la OLP¹⁶.

La resolución de estas dificultades precisaba de la existencia de un gobierno libanés que legitimara las actuaciones de las FDI, además de asumir las tareas de control sobre la frontera. Los aliados con los que Jerusalén podía contar para ello eran las élites maronitas, que veían peligrar su tradicional dominio político ante la fortaleza de las milicias opositoras y de la OLP, al tiempo que la presencia siria creaba sospechas sobre las ambiciones de Asad. De hecho, la colaboración entre Israel y los maronitas se había ido desarrollando en los últimos años, mediante una ayuda financiera y militar. Pero Sharon pensaba ir mucho más allá, ya que trataba de reemplazar un apoyo encubierto por una no disimulada alianza para el desarrollo conjunto de las operaciones militares necesarias con vistas a derrotar a sus rivales. Este plan incluía la elección de Beshir Gemayel, el líder de las Fuerzas Libanesas, como Presidente del país, quien firmaría un acuerdo de paz con Israel. Obviamente, las milicias de Gemayel eran demasiado débiles como para asegurar ese resultado sin la colaboración israelí, por lo que el Líbano pasaría a tener el carácter de Estado-satélite, lo que reforzaría el poder israelí en la zona. En caso de que este plan fallase, siempre quedaba el recurso de forzar una división del país, formando un mini-Estado maronita¹⁷.

En cualquier caso, la voluntad de Sharon estribaba en que Israel se involucrara de forma abierta en el destino del Líbano, con vistas a crear un gobierno dependiente que firmara la paz, colaborara en la destrucción militar y política de la OLP, y legitimara la exigencia de retirada siria. En tales circunstancias, Israel podría consolidar sus adquisiciones territoriales en la Guerra de los Seis Días, transformando de forma

¹⁵ *Ibidem*, pp. 20-21.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 12-19; SCHULZE: *op. cit.*, pp. 122-7.

¹⁷ SCHIFF y YA'ARI: *op. cit.*, pp. 40-5.

radical el equilibrio de poder existente en la región. En un contexto internacional de recrudecimiento de la Guerra Fría, Sharon pensaba que si infligía una dura derrota a los aliados de la URSS en el Oriente Medio, la administración Reagan sería tolerante ante estos cambios, de modo que no frenaría unas acciones que resultaban contradictorias con los parámetros de resolución del conflicto árabe-israelí ya establecidos por la Casa Blanca. En definitiva, Sharon consideraba que podía aprovechar unas circunstancias favorables para rehacer el equilibrio regional, recurriendo a un uso masivo del poder militar¹⁸.

4. Desarrollo de la operación.

Los ambiciosos objetivos políticos de Sharon gozaban de un apoyo explícito limitado entre los demás ministros, lo que influyó en la planificación de Paz en Galilea, presentando el titular de Defensa tres planes alternativos a sus colegas. El primero de ellos consistía en un avance hasta el río Awali; el segundo implicaba alcanzar el Sur de Beirut, que sería ocupada por las milicias cristianas; la tercera opción significaba que las propias FDI deberían tomar Beirut, además de adoptar una postura agresiva hacia las fuerzas sirias, aceptando el riesgo de un enfrentamiento directo. De hecho, el gobierno israelí no fue demasiado concluyente en su decisión sobre estos planes, tal como deseaba Sharon, ya que ello le otorgaba un mayor margen de maniobra, dentro de un contexto en el que los atentados de la OLP habían creado un clima social que demandaba soluciones drásticas. De ahí que Begin y Sharon utilizaran el intento de asesinato del embajador israelí en Londres (realizado por Abu Nidal, organización enemiga de la OLP) para bombardear masivamente las posiciones palestinas en el Líbano. Cuando se produjo la respuesta palestina, el gobierno israelí lanzó su ofensiva (6 de junio de 1982)¹⁹.

La campaña libanesa fue programada como un nuevo ejemplo de *Blitzkrieg*, en el cual las distintas fuerzas hostiles (milicias de la OLP y de la oposición libanesa, el ejército sirio) serían destruidas rápidamente mediante una serie de maniobras que combinarían un avance en columnas blindadas con el desembarco en la retaguardia

¹⁸ De hecho, la operación disfrutó inicialmente de cierta aprobación norteamericana. RABINOVICH, Itamar (1986): *The War for Lebanon, 1970-1985*, Ithaca, Cornell University Press, pp. 125-8.

¹⁹ GABRIEL, Richard (1984): *Operation Peace for Galilee. The Israeli-PLO War in Lebanon*, Nueva York, Hill and Wang, 61-2.

enemiga de otras unidades, todo ello favorecido por una total superioridad aérea. Esta combinación de recursos de la máxima calidad y potencia de fuego debía permitir el desarticular la resistencia de la OLP, provocando su embolsamiento o su huida hacia el Norte. Por otra parte, los movimientos cada vez más agresivos hacia las posiciones sirias estaban concebidos para desencadenar un choque limitado y una rápida decisión, forzando a Asad a la retirada de sus tropas y a la renuncia a su influencia en el Líbano. Sin embargo, Israel deseaba evitar una confrontación generalizada con Siria, que generaría críticas por parte estadounidense²⁰.

No obstante, el territorio libanés es poco propicio para la *Blitzkrieg*, al tener como columna vertebral las Montañas del Líbano, dejando al Oeste únicamente una estrecha franja costera de orografía más llana. Al Este se encuentran el Valle de la Bekaa y las Montañas del Antilíbano, zona bajo el control del ejército sirio. Con vistas a adaptarse a la geografía, el avance israelí quedó dividido en tres líneas. La primera, a cargo del Comando Occidental, ascendería siguiendo la costa a través de Tiro y Sidón, hasta alcanzar Beirut. La segunda, ejecutada por el Comando Central, ascendería hacia el Norte para cortar la carretera Beirut-Damasco. Por su parte, el Grupo de la Bekaa, avanzaría hasta dicho valle, encontrándose frente al grueso de las tropas sirias²¹.

En la práctica, el avance israelí, iniciado el 6 de junio, superó con facilidad las posiciones de la OLP. Más complicado resultó el escenario de la Bekaa, ya que algunas fuerzas sirias plantearon una dura resistencia en localidades como Joub Jannine, Ain Salta y Ain Dara. Sin embargo, la Fuerza Aérea israelí no tuvo ningún problema en controlar el espacio aéreo, destruyendo una gran cantidad de aparatos sirios. En este contexto, a partir del 11 de junio las FDI se encontraron en disposición de contactar con las milicias cristianas en la periferia de Beirut, optando entonces por llevar al límite sus planes de destrucción de la OLP, inaugurándose una fase de estancamiento en torno a la capital libanesa²².

La tenaza que las FDI iban dibujando sobre el terreno se fue cerrando progresivamente durante el mes de junio, quedando atrapados en ella un buen número

²⁰ DAVIS: op. cit., p. 77.

²¹ GABRIEL: op. cit., p. 81.

²² FISK: op. cit., pp. 199-211.

de combatientes palestinos, sirios y libaneses, que se refugiaron en la zona Oeste. Por su parte, las milicias cristianas colaboraron en esa tarea, pero pronto se puso en evidencia que Beshir Gemayel no deseaba verse identificado con la invasión israelí, ya que ello limitaba sus propias aspiraciones políticas. En cualquier caso, si Sharon contaba con que fueran dichas milicias las encargadas de ocupar Beirut Oeste, en la práctica esa misión quedaba más allá de sus capacidades y de la voluntad de sus líderes. Ello hizo que el peso del cerco recayera sobre las FDI, lo que implicaba que sus unidades quedarían envueltas en una guerra urbana en la que sus ventajas militares resultarían seriamente limitadas, debiendo optar por aceptar un mayor número de bajas o por hacer un uso masivo de su poder militar²³.

De hecho, fue esta última idea la que se impuso, ya que el gobierno Begin deseaba minimizar la contestación interna. De ahí el recurso a los bombardeos sobre los barrios de Beirut Oeste en la segunda mitad del mes de julio y comienzos de agosto, creciendo enormemente el número de víctimas civiles. Pero estos hechos no hicieron sino limitar el margen de tolerancia norteamericana, ya que las autoridades de Washington se veían presionadas por los aliados árabes, asumiendo una tarea de mediación que condujo a un alto el fuego y a la evacuación de los combatientes palestinos por mar. Esta operación fue protegida por un contingente militar compuesto por estadounidenses, italianos y franceses, la denominada Fuerza Multinacional (FMN), que partió al concluir la tarea. En ese preciso momento, Israel parecía haber cobrado una ventaja decisiva, que se vio reflejada en la elección de Beshir Gemayel como Presidente libanés (23 de agosto). No obstante, Reagan aprovechó la ocasión para publicar su plan de paz para la región, en el cual se preveía una autonomía provisional para los Territorios Ocupados, lo que no encajaba en absoluto con la voluntad de Begin. Además, en lo tocante al Líbano, Gemayel comenzó a mostrarse mucho menos receptivo con vistas a firmar un acuerdo de paz con Israel, un paso inaceptable para los musulmanes libaneses²⁴.

Esa alianza se hizo mucho más dudosa cuando el nuevo Presidente murió en un atentado (14 de septiembre), siendo sustituido por su hermano Amin. Éste era menos proclive a confiar en el patronazgo israelí, por lo que prefirió jugar la carta

²³ Ibidem, pp. 243-81.

²⁴ RABINOVICH: *op. cit.*, pp. 143-4. SCHIFF y YA'ARI: *op. cit.*, pp. 246-58.

norteamericana, ya que Reagan comenzaba a dar muestras de una creciente voluntad de implicarse en la crisis. Por otra parte, la ocupación de Beirut Oeste por las FDI (en contra de lo prometido a Reagan) y la inactividad de éstas ante las matanzas de civiles palestinos en Sabra y Chatila (16-18 de septiembre) desataron una oleada de protestas a nivel internacional, debilitando enormemente la imagen de Israel y empujando a Reagan a una posición más activa. Así, el 29 de septiembre se produjo un nuevo despliegue de la FMN en Beirut, mientras las tropas israelíes comenzaron a retirarse de la ciudad. Esa implicación norteamericana significaba que el margen de maniobra israelí se vería reducido, por lo que el gobierno Begin fue moderando sus objetivos y el papel de Sharon empezó a ser cuestionado²⁵.

El nuevo despliegue de la FMN en Beirut constituyó un intento norteamericano de colaborar activamente en el reforzamiento de un gobierno libanés prooccidental, liderado por Amin Gemayel, que debía permitir conciliar algunos de los objetivos israelíes con los de los aliados árabes de Washington. De ahí que la FMN tratara de prestar su ayuda en la reconstrucción del ejército libanés, que debía ser capaz de ocupar en el futuro el territorio del que las fuerzas israelíes se fueran retirando. Para ello podía contar con el apoyo de las milicias cristianas, pero resultaba evidente que otros actores no compartirían esos planes²⁶.

En los meses siguientes, la situación en Beirut fue de cierta calma, mientras tenía lugar una negociación política que englobaba tanto a distintas potencias como a las propias facciones libanesas, pero los resultados resultaron decepcionantes. El gobierno Gemayel, creyendo que el apoyo norteamericano le garantizaría una victoria militar sobre la oposición, no tenía incentivos para negociar seriamente con ésta. Al mismo tiempo, las presiones norteamericanas sobre Gemayel empujaron a éste a firmar un Tratado de Paz con Israel (17 de mayo de 1983)²⁷. En respuesta, la oposición libanesa no apoyó la reconstrucción del ejército, que era percibido como un agente de Gemayel. Y como la principal fuerza del gobierno radicaba en el respaldo occidental, las milicias opositoras pasaron a desafiar cada vez más abiertamente la presencia de la FMN,

²⁵ EL EZZI, Ghassan (1990): *L'Invasion Israélienne du Liban. Origines, Finalités et Effets Pervers*, Paris, Éditions L'Harmattan, pp. 90-91.

²⁶ MACKINLAY, John (1989): *The Peacekeepers. An Assessment of Peacekeeping Operations at the Arab-Israeli Interface*, Londres, Unwyn Hyman, pp. 78 y 92-4.

²⁷ CALIGARIS, Luigi: "Western Peacekeeping in Lebanon: Lessons of the MNF". En *Survival*, vol. 26, nº 6 (1984), p. 263.

incrementando sus ataques contra la misma. Y para Hafez el-Asad la liquidación del Tratado se convirtió en prioritaria, dado que suponría la salida de sus tropas del Líbano, de modo que optó por reforzar su apoyo a las milicias de la oposición²⁸.

Por otra parte, en aquellos momentos un nuevo actor, Irán, pasó a jugar un papel mucho más significativo. Tras la Revolución Islámica, el país había quedado en una peligrosa situación de aislamiento internacional, como se estaba poniendo en evidencia durante su guerra contra Irak. La forma de romperlo se basó en la utilización del conflicto árabe-israelí para sus propios fines. Así, en el Líbano existía una importante minoría chiíta, la cual había vivido en un estado de notoria marginación político-social, sufriendo además las penurias derivadas de la ocupación israelí en el Sur. En tales circunstancias, los líderes iraníes consideraron que existía un entorno favorable para fomentar la creación de una milicia chiíta islamista, que debería encabezar la lucha contra dicha ocupación, legitimándose como defensora de la soberanía nacional y de la solidaridad con Palestina. El apoyo iraní suponría que esa legitimidad favorecería igualmente a la República Islámica, reforzando su influencia en la región²⁹.

Desde comienzos de los 80, el Valle de la Bekaa se convirtió en un centro de difusión de la propaganda revolucionaria iraní y de reclutamiento de jóvenes insatisfechos con la milicia Amal, bajo la supervisión de miembros de la Guardia Revolucionaria iraní. En tales circunstancias, surgieron distintas células que pasaron a cometer atentados contra las FDI y la FMN, causando un gran número de víctimas. De especial efecto fueron los ataques suicidas contra las fuerzas estadounidenses y francesas en Beirut, que supusieron centenares de muertos. En este entorno surgió la organización Hezbollah, cuya influencia se fue extendiendo merced tanto a su labor de asistencia social como a la popularidad que le reportaron sus ataques contra los israelíes. De hecho, las dos principales milicias chiítas, Hezbollah y Amal, pasaron a rivalizar en un intento de demostrar quién era el enemigo más implacable de la ocupación, ya que el descontento de la población chiíta en el Sur era enorme. De este modo, las tropas

²⁸ NORTON, Augustus R.: "The Demise of the MNF". En Mc Dermott, A. y Skjellback, K. (eds.), *The Multinational Force in Beirut 1982-84*, Miami, Florida Int. University Press, (1991), p. 92.

²⁹ HAMZEH, Ahmad (2004): *In the Path of Hizbullah*. Syracuse, Syracuse University Press, pp. 25-6.

israelíes quedaron expuestas a una auténtica guerra de desgaste, debiendo hacer frente a continuos ataques y atentados que demostraron una capacidad letal muy considerable³⁰.

Así, la situación israelí en el Líbano se fue haciendo cada vez más precaria, con un creciente coste de la ocupación, ya que una breve operación se estaba transformando en una larga guerra cuyos resultados eran cada vez más volátiles. El Tratado de Paz del 17 de Mayo precisaba para su mantenimiento de un reforzamiento de la autoridad de Amin Gemayel, pero la valoración que hacían los israelíes de las capacidades militares tanto de las milicias cristianas como del ejército libanés era bastante pesimista. Por otro lado, las tropas de la FMN se encontraban cada vez más presionadas por las milicias opositoras, respondiendo de forma creciente mediante el uso de su poder militar. Así, se desató una escalada de represalias y contrarrepresalias, la cual destruyó la perspectiva de un acuerdo pacífico, de modo que los gobiernos occidentales comenzaron a replantearse su presencia³¹.

El gobierno israelí optó en agosto de 1983 por un repliegue de sus tropas, abandonando las Montañas del Chouf, dando paso así a una batalla entre el ejército libanés y las fuerzas opositoras. El resultado fue netamente favorable para las segundas, que mostraron una superioridad militar notable, por lo que los gobiernos occidentales optaron finalmente por retirarse de Beirut, mientras que Gemayel se colocaba bajo la protección de Damasco. Con ello, la posición política de Siria en el escenario libanés quedó claramente consolidada en el papel de “fuerza de pacificación”, con Asad convertido en el auténtico árbitro de la situación tras la derogación del Tratado del 17 de Mayo³².

5. El nuevo *statu quo*.

En otoño de 1983, Asad fomentó una revuelta interna en la OLP contra Arafat que concluyó con la salida del Líbano de los leales al líder palestino, dejando el terreno libre para las facciones manipuladas por Damasco³³. Igualmente, la influencia siria era

³⁰ Ibidem, pp. 81-93, NORTON: op. cit., p. 92.

³¹ THAKUR: op. cit., pp. 177-95.

³² EL EZZI: op. cit., pp. 200-7.

³³ SUSSER, Asher: “The Palestine Liberation Organization”, en SHAKED, H. y DISHON, D. (eds.), *Middle East Contemporary Survey, Vol. VIII: 1983-84*, Boulder, Westview Press, (1986), pp. 195-207.

evidente en la milicia Amal, a la que dotó de un importante armamento que debía emplear para mantener la presión militar sobre las FDI. Por otra parte, la competencia de Hezbollah impulsaba a Amal a reforzar su papel como fuerza de resistencia si quería mantener su influencia. Además, Irán y Siria colaboraban en la arena libanesa, puesto que compartían el objetivo de utilizar la situación en ese país como medio de reforzar su influencia regional. No obstante, mientras Irán carecía de una vecindad directa con Israel, Siria debía mantener un *modus vivendi* con su enemigo, evitando un enfrentamiento militar. De ahí que el interés de Asad radicara en dificultar la ocupación israelí en el Líbano, pero haciéndolo de forma indirecta, sin provocar una guerra. En cualquier caso, Damasco pasó a utilizar el Líbano meridional como escenario de una lucha sutil e intermitente, destinada a mantener abierto el contencioso por los Altos del Golán y a conservar intacto el poder de la familia Asad³⁴.

Por su parte, las tropas israelíes se vieron sometidas a un permanente acoso en su retirada. Los costes económicos de la ocupación crecían enormemente, mientras la sangría de muertos y heridos, así como las amargas experiencias de muchos soldados, estaban minando la moral de la propia sociedad. La ausencia de resultados políticos positivos acentuaba esta sensación, por lo que las protestas se hicieron más nutridas y el alto nivel de apoyo parlamentario otorgado inicialmente a Paz en Galilea se diluyó, cobrándose sus primeras víctimas políticas. Tanto Begin como Sharon salieron malparados de la comisión de investigación Kahan sobre la conducción de la guerra, por lo que el segundo optó por dimitir, mientras Begin se retiró algunos meses después. El nuevo gabinete, dirigido por Shimon Peres, tuvo que buscar una salida al problema y la opción elegida fue la del retorno a la zona de seguridad en el Líbano meridional (completada en 1985), todo ello tras una operación de tres años de duración, que se había cobrado la vida de 654 soldados israelíes, de numerosos combatientes sirios y de las diferentes milicias, así como de unos 17000 civiles libaneses y palestinos³⁵.

Sin embargo, algo había cambiado en el Sur del Líbano. La Operación Paz en Galilea y la política siria de dividir a la OLP habían debilitado militarmente a esa organización. Pero el vacío de poder dejado por ésta fue llenado por las milicias chiítas, que continuaron con su perfil de resistencia ante la ocupación, lo que les garantizaba

³⁴ HAMZEH: op. cit., p. 26.

³⁵ YANIV: op. cit., 1987, pp. 232-3; FISK: op. cit., pp. 628-68.

una creciente legitimidad entre la población. Así, Hezbollah acabó convirtiéndose con el tiempo en el principal enemigo desde el punto de vista militar al que las FDI han tenido que hacer frente en las últimas décadas a través de una continua guerra de desgaste cuyas consecuencias se han prolongado hasta la actualidad³⁶.

6. ¿Éxito o fracaso de “Paz en Galilea”?

Las visiones favorables sobre Paz en Galilea ponen el énfasis en que la misma habría tenido como efecto el reforzar notablemente la seguridad de Israel, al haberse asestado un fuerte golpe militar y político a la OLP. Desde esta perspectiva, la zona de seguridad no impedía los ataques sobre Israel, mientras que la presencia de las tropas de pacificación de la FINUL había resultado inútil. Por último, las operaciones de castigo israelíes de alcance limitado simplemente hacían que las fuerzas de la OLP se replegaran temporalmente hacia el Norte, para volver tras la retirada israelí. En contraste, Paz en Galilea habría provocado la destrucción de buena parte de la estructura militar de la OLP, que habría perdido su único frente abierto desde el que poder atacar el territorio israelí. Por otra parte, tras la operación no habría mejorado el reconocimiento internacional de la organización, lo que se interpreta como un fracaso político para Arafat³⁷.

Por el contrario, las críticas a la operación han cuestionado tanto sus posibles éxitos militares como los políticos. En el terreno militar, se afirma que no habría conducido a calmar la frontera septentrional, sino simplemente a cambiar los actores implicados. Así, Israel debió seguir haciendo frente a ataques a cargo ahora de las milicias chiítas, cuyas capacidades militares no eran en absoluto inferiores a las de la central palestina. En concreto, a Sharon se le reprocha que fuera la propia Operación Paz en Galilea la que hubiera cambiado la percepción que la población chiíta tenía del conflicto israelo-palestino. Así, si hasta 1982 los chiítas libaneses se mostraban hostiles a la OLP, la dureza de la ocupación israelí en los años siguientes hizo que este sentimiento cambiara. Los feroces bombardeos israelíes sobre los barrios chiítas de Beirut y sobre la Bekaa no hicieron sino reforzar este giro, de tal suerte que Amal pasó a

³⁶ MURPHY: op. cit., p. 270. HELMER, Daniel I.: “Flipside of the Coin: Israel’s Lebanese Incursion Between 1982-2000”, The Long War Series Occasional Paper N° 21, Fort Leavenworth, Combat Studies Institute Press, (2001), pp. 47-54.

³⁷ GABRIEL: op. cit., pp. 168-70.

combatir resueltamente a las FDI (con apoyo sirio), mientras que la nueva organización Hezbollah adoptó, bajo el patronazgo iraní, una actitud de enemigo implacable de la ocupación, lo que ocasionó gran número de bajas a las FDI y contribuyó de forma clara a su progresivo repliegue. Por tanto, Israel acabó en 1985 recurriendo a la misma fórmula que le parecía insuficiente en 1982, es decir, el mantenimiento de su zona de seguridad, salvo que ahora tenía unos enemigos, las milicias chiítas, con una capacidad militar superior a la de la OLP y con el decidido apoyo de dos potencias regionales, Siria e Irán, que usaban el Sur del Líbano como terreno de juego para reforzar su papel político. Por todo ello, el panorama geoestratégico israelí tendió a empeorar, al tiempo que su frontera Norte quedó muy lejos de una situación de calma, lo que coincide con el análisis histórico de Maoz, para quien la escalada militar y las operaciones ofensivas nunca han constituido un instrumento eficaz para contener el conflicto de baja intensidad contra Israel³⁸.

Por lo que se refiere a los aspectos políticos, la pérdida para la OLP de su plataforma militar contra Israel constituyó sin duda un factor de gran relevancia, pero resulta difícil afirmar que su posición política quedara seriamente debilitada. Por un lado, la salida de los combatientes palestinos de Beirut no significó que éstos desaparecieran del Líbano, ya que existían fuerzas situadas en otros lugares y el reclutamiento de nuevos guerrilleros no constituía un gran problema. De hecho, Paz en Galilea sí implicó un serio golpe contra la autonomía de actuación de la OLP en suelo libanés con respecto a Siria, si bien Arafat logró conservar la independencia de la organización en Túnez. En este sentido, Thomas Davis centra sus críticas a Paz en Galilea en que habría sido una operación incapaz de incorporar correctamente las enseñanzas de Clausewitz en lo relativo a determinar como objetivo militar fundamental un “centro de gravedad” que constituya el núcleo del poder del adversario, de tal suerte que su destrucción garantice la consecución de los logros políticos previstos. Sharon habría identificado como “centro de gravedad” la estructura militar de la OLP, cuya desaparición habría implicado la pérdida definitiva de su influencia política. Por el contrario, Davis considera que la central palestina carecería de ese “centro de

³⁸ YANIV: op. cit., pp. 45-8. HELMER: op. cit., pp. 76-85. MAOZ: op. cit., pp. 347-8. De hecho, los ataques de milicias sobre el Norte de Israel desde 1985 no disminuyeron.

gravedad”, ya que su poder se basaría en su papel político, no en el militar, lo que condujo a que la guerra fuera un instrumento inadecuado³⁹.

El segundo gran objetivo político de Sharon había sido el convertir a Siria en un actor regional marginal. En este terreno, Paz en Galilea fue completamente contraproducente, porque en 1985 quedó claro que Asad pasó a ser el árbitro de la política libanesa, cuyo favor era disputado por los líderes de las distintas facciones. Por otro lado, Asad podía utilizar a las milicias chiítas para someter a las FDI a una guerra de desgaste que además contaba con una creciente popularidad entre los libaneses⁴⁰. En cuanto a la idea de crear un Estado-satélite libanés dependiente de Tel Aviv, la invasión de 1982 condujo a lo contrario: la creación de un Estado-satélite dependiente de Damasco, plasmado definitivamente en los Acuerdos de paz de Ta'if (1989) que pusieron fin a la guerra civil⁴¹.

Otro aspecto político que debe tenerse en cuenta es el relativo a la imagen de Israel en el mundo. Paz en Galilea fue percibida como una guerra opcional, en la que el país se había embarcado sin que existiera realmente una amenaza existencial para su seguridad. La voluntad de crear incidentes con Siria también fue criticada, al considerarse que socavaba los esfuerzos norteamericanos por alcanzar la paz. Finalmente, la dureza de los bombardeos sobre Beirut Oeste o su actitud ante las masacres de Sabra y Chatila dieron la impresión de que Israel se había convertido en un actor fuera de control, que dañaba las alianzas de Washington en el Oriente Medio, especialmente en un momento muy delicado en las relaciones Este-Oeste. Así, el Presidente Reagan se vio obligado a intervenir en la reconstrucción del Líbano, combinando su consideración por los intereses israelíes con su voluntad de crear un gobierno libanés capaz de recobrar la soberanía nacional, pero ambos objetivos resultaron a menudo contradictorios. Y cuando las presiones de Washington produjeron un acuerdo de paz israelo-libanés, la oposición (apoyada por Siria) no tuvo más que plantear una guerra de desgaste contra las tropas occidentales, al tiempo que desafiaba militarmente al débil ejército libanés y a las milicias cristianas. Todo ello supuso un

³⁹ DAVIS: op. cit., pp. 112-4. Este intento de derrotar políticamente a la OLP mediante medios militares fue luego cuestionada por numerosos miembros del *establishment* militar y político israelí, pero en el momento de desencadenar la invasión, las críticas fueron muy minoritarias.

⁴⁰ SCHIFF y YA'ARI: op. cit., p. 307.

⁴¹ HELMER: op. cit., pp. 71-2 y 83-4.

gran fracaso para la iniciativa norteamericana, evidenciando que la paz en el Próximo Oriente no podía ser simplemente impuesta por la fuerza.

Ante este análisis, podemos preguntarnos por qué Begin y Sharon decidieron correr unos riesgos tan notables en una operación que resultaba enormemente aventurera. La respuesta a ello es compleja, ya que distintos factores pudieron jugar un papel en ello. El primero fue la existencia de un escenario regional e internacional favorable, en el que el poder relativo israelí había crecido mucho más rápidamente que el de sus vecinos, al tiempo que el apoyo norteamericano era más fuerte que nunca. Estando la URSS atascada en el laberinto afgano y tras haber neutralizado a Egipto en Camp David, la percepción en Israel era que los únicos obstáculos para consolidar la anexión de los Territorios se encontraban en Siria y la OLP. La primera era una potencia militar limitada que en ningún caso estaba en condiciones de derrotar militarmente a Israel, al tiempo que la posesión por parte israelí del Golán siempre constituía una posible carta a jugar en una negociación. Por ello, el principal enemigo era la OLP, no por sus modestas capacidades militares, sino porque personificaba un movimiento nacionalista cuya ideología chocaba de lleno con la del sionismo y con el sueño de *Eretz Israel*.

Esta preocupación fue una constante para todos los gobiernos israelíes, que juzgaban posible un acuerdo con los Estados árabes, estando dispuestos a hacer concesiones si a cambio se eludía el afrontar el núcleo del conflicto, es decir, la rivalidad entre dos movimientos nacionalistas que reclamaban para sí el mismo espacio. El problema fue que desde 1967 el movimiento palestino fue haciéndose más autónomo, lo que lo convertía en mucho más peligroso al liberarse de la carga que habían supuesto los intereses de los Estados árabes, por lo que la derrota política de la OLP pasó a convertirse en la principal preocupación. Esta tendencia se agudizó con el control del gobierno por parte del Likud, una coalición revisionista aferrada al concepto de *Eretz Israel*. Por ello, el gabinete se fue haciendo cada vez más reticente ante nuevas concesiones territoriales, lo que chocaba con las demandas norteamericanas de autonomía para los Territorios. Por lo tanto, las circunstancias en 1982 eran un tanto paradójicas, ya que en el momento en el que el poder relativo de Israel era más grande que nunca, Washington presionaba para buscar una solución al conflicto que suponía el

fin del sueño de *Eretz Israel*. Y el gobierno que debía afrontar esa renuncia era precisamente el más nacionalista en la breve Historia del país⁴².

En ese contexto, los análisis de la situación realizados por los responsables políticos y militares involucrados en Paz en Galilea resultaron lastrados por su ideología, pero también por sus intereses. El hecho de que Sharon tuviera tras de sí una afamada carrera militar le otorgó una libertad de maniobra bastante excepcional, lo que aprovechó para hacer avanzar una operación cuya racionalidad se basaba en su percepción ideológica del conflicto israelo-palestino (basada en determinar por la fuerza las fronteras de Israel) y en la preocupación por su futura carrera política, que dependía de mantener intacta su imagen de libertador victorioso. Esta mezcla de ideología e intereses privados era igualmente válida para otros personajes implicados, como Eitan o Begin, pero resulta especialmente destacado el hecho (señalado por Kirsten Schulze) de que las estimaciones de la inteligencia israelí se vieran claramente afectadas por consideraciones ideológicas. Ello provocó el que se ignoraran numerosos informes que aportaban datos sobre la debilidad de las milicias cristianas y que alertaban sobre la evidencia de que si los maronitas deseaban conservar el poder político en el Líbano, ello les forzaría tarde o temprano a llegar a un compromiso con los musulmanes, lo que cuestionaba su fiabilidad como aliados. Sin embargo, la interpretación política que se hizo de ellos resultó errónea en razón de los prejuicios ideológicos de los responsables, debido a su deseo de encontrar aliados que permitieran la derrota palestina y la conservación de los Territorios Ocupados⁴³.

Diversas valoraciones que se han hecho del fracaso de la invasión de 1982 han cargado toda la responsabilidad en Sharon, pero entre la clase dirigente israelí existía entonces una fuerte corriente de opinión que deseaba aprovechar unas circunstancias favorables con vistas a modificar el equilibrio territorial entre árabes e israelíes. Sus preocupaciones en materia de seguridad (lograr unas fronteras “defendibles”) o su compromiso con la ideología de *Eretz Israel* (además de sus propias ambiciones políticas) les empujaron a ir alejándose poco a poco de una interpretación estricta de la doctrina del “Muro de Hierro”, en favor de una visión que buscaba convertir a las FDI en un instrumento capaz de crear una hegemonía israelí. Paz en Galilea puso en

⁴² PELEG: op. cit., pp. 138-43.

⁴³ SCHULZE: op. cit., pp. 146-172.

evidencia, por el contrario, que la superioridad militar no aportaba necesariamente victorias políticas, que las alianzas con otros actores en la zona resultaban problemáticas, y que las FDI podían verse arrastradas a sostener guerras de desgaste en su periferia. También demostró, sobre todo, que otros actores regionales (Irán, Siria, las milicias chiítas libanesas) podían aprovechar el conflicto entre israelíes y palestinos para reforzar su propia legitimidad ante su base social, constituyendo enemigos militares de una relevancia mayor que la propia OLP. En definitiva, la ausencia de una solución negociada para el contencioso israelo-palestino constituía una amenaza permanente para la seguridad israelí que fue minusvalorada por el gabinete Begin, excesivamente pendiente de la colonización de los Territorios y de su conservación⁴⁴.

Pero Paz en Galilea sí tuvo éxito en un punto clave: el crear una situación bélica que hiciera inviable el proseguir por el camino abierto en Camp David. Si en los acuerdos israelo-egipcios se preveía el establecimiento de un régimen de autogobierno provisional para los Territorios Ocupados, a la espera de una negociación definitiva sobre su futuro, Paz en Galilea retrasó en más de diez años una solución que hubo de esperar hasta los Acuerdos de Oslo (1993), con el agravante de que un compromiso de paz habría resultado más sencillo cuando el proceso de colonización se hallaba en sus primeros pasos. Por ello, podemos decir que el enorme poder militar de Israel fue más un poder negativo, capaz de evitar una salida al conflicto que el gobierno Begin no deseaba, que un poder positivo que dispone de los medios necesarios para imponer la solución anhelada. Paz en Galilea transformó el Líbano y el conjunto de la región, pero no de acuerdo con los deseos de Begin y Sharon, sino reforzando la posición regional de Siria y abriendo a Irán la posibilidad de intervenir en el conflicto árabe-israelí, al tiempo que las milicias chiítas revelaban su notable capacidad bélica y que los palestinos optaban por nuevas formas de lucha, reflejadas en el estallido de la Intifada. En otras palabras, Paz en Galilea rompió unos equilibrios internos de poder en el Líbano, conduciendo a la perpetuación del conflicto y al creciente protagonismo de nuevos actores.

⁴⁴ SCHIFF y YA'ARI: op. cit., pp. 9 y 302.

7. Conclusiones.

Con la operación Paz en Galilea, Israel abandonó parcialmente su doctrina del “Muro de Hierro”, buscando el transformar por la fuerza su propio entorno para hacer desaparecer el movimiento nacionalista palestino y crear un Estado libanés convertido en satélite de Jerusalén. La percepción de contar con un poder militar muy superior y la esperada tolerancia estadounidense condujeron a Begin y Sharon a creer que disponían de una oportunidad histórica para evitar el tener que abordar el núcleo del conflicto árabe-israelí, es decir, el reparto territorial del antiguo Mandato de Palestina. Por ello, el grueso del peso militar se centró en la destrucción de las fuerzas de la OLP, mientras que se conformaba con infligir a Damasco una humillación limitada que la marginara. Esto se hizo sin tener en cuenta que tal ofensiva rompería el equilibrio en el Líbano, permitiendo que otros actores, especialmente las milicias chiítas, pasaran a convertirse en unos enemigos eficaces y comprometidos, que además contaban con dos ventajas frente a la OLP: un respaldo social notable en el Sur del país y la disposición de ayuda militar de Siria e Irán, lo que permitiría a estos países el utilizar la frontera israelo-libanesa para defender sus intereses regionales. Paradójicamente, ese chiísmo militante acabó por convertirse en el rival más duro para Israel a lo largo de los años, creando un problema de seguridad que no ha podido resolver después de tres décadas.

El análisis israelí era el fruto de los principios ideológicos de buena parte de su clase política, que había abrazado crecientemente la posibilidad crear unas nuevas fronteras mediante el poder militar. Junto a este factor, los propios cálculos políticos de esos dirigentes los empujaban a adoptar las medidas necesarias para conservar los Territorios Ocupados, ya que éste era un tema útil para su futuro electoral. Por otra parte, la práctica de que antiguos mandos militares pasaran posteriormente al terreno político no favoreció una evaluación profesional de las alternativas existentes. Todo ello nos conduce a pensar que los análisis de seguridad nacional no son siempre el resultado de una evaluación objetiva de los intereses estatales y de las amenazas para los mismos, sino que esas estimaciones pueden estar teñidas de consideraciones ideológicas y personales, con la consecuencia de evaluar incorrectamente los diferentes peligros, definir objetivos políticos inapropiados y elegir para su consecución algunos medios militares cuyas posibilidades de alcanzarlos son inexistentes.

Mapa 1. Operación Paz en Galilea 1982 y zona de seguridad israelí (1985).

Fuente: Elaboración Propia y <http://almashriq.hiof.no>